



De Alejandro Sawa a Manuel Verdugo: noticia de una carta olvidada¹

Sergio Constan Valverde²

Recibido: 12 de noviembre de 2014 / Aceptado: 15 de febrero de 2015

Resumen. En este artículo se da a conocer una carta de Alejandro Sawa enviada al poeta Manuel Verdugo Bartlett, y publicada en el *Diario de Tenerife* en 1909, pocos días después del fallecimiento del célebre bohemio. El documento, que ha pasado desapercibido entre los estudios sobre la obra y figura de Alejandro Sawa, fue anunciado en el rotativo canario como probablemente la última carta escrita por el autor de *Crimen legal*. Tal afirmación ha motivado en estas páginas un complejo proceso de datación, efectuado a partir del propio contenido de la misiva y de su obligado contraste con el resto de la correspondencia de Sawa hasta hoy conservada. Además, se analiza en profundidad la información ofrecida en la carta, reveladora de nuevos datos sobre el declive físico y mental de Alejandro Sawa, su libro *Iluminaciones en la sombra* y su relación personal con Manuel Verdugo.

Palabras clave: Alejandro Sawa; Manuel Verdugo Bartlett; Raros y olvidados; Epistolario; Prensa española.

[en] From Alejandro Sawa to Manuel Verdugo: news of a forgotten letter

Abstract. This article discloses a letter by Alejandro Sawa that was sent to the poet Manuel Verdugo Bartlett, and that was published in the *Diario de Tenerife* newspaper in 1909 a few days after the famous bohemian's death. This document, which has been largely unnoticed among the studies about Sawa's figure and works, was announced in the Canarian paper as the last letter probably written by the author of *Crimen legal*. Such claim has encouraged a complex dating process starting from the content of the letter and the contrast between this and Sawa's other correspondence preserved today. Furthermore, the information of the letter is analysed in depth, revealing new data about the writer's physical and mental decay, his book *Iluminaciones en la sombra* and his personal relationship with Manuel Verdugo.

Keywords: Alejandro Sawa; Manuel Verdugo Bartlett; Rare and forgotten; Collected letters; Spanish press.

Sumario. 1. Nota preliminar. 2. Manuel Verdugo. 3. La carta de Sawa, "Quizás la última". 4. "Desde mi erial madrileño". 5. Transcripción de la carta reproducida en la prensa. 6. Obras citadas.

¹ Este trabajo se enmarca dentro del proyecto de investigación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria titulado *Representaciones literarias en la prensa periódica canaria del siglo XIX* (ULPGC11-14), dirigido por la doctora Victoria Galván González.

² Departamento de Filología Española, Clásica y Árabe, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
E-mail: s.constan@ulpgc.es

Cómo citar: Constán Valverde, S. (2016) De Alejandro Sawa a Manuel Verdugo: noticia de una carta olvidada, en *Revista de Filología Románica* 33.2, 223-235.

1. Nota preliminar

Son estas líneas la crónica de un truncado empeño personal: dar con el original de una carta enviada por el malogrado Alejandro Sawa, ya en el ocaso de su vida, al poeta Manuel Verdugo Bartlett. Su existencia la prueba la reproducción de la misma en el *Diario de Tenerife* del 26 de marzo de 1909, veintitrés días después del sonado fallecimiento del autor de *Iluminaciones en la sombra*.³ Quizá por ello estas páginas pretenden espolear a quien corresponda —anticuario, coleccionista, archivero, particular—, en una suerte de bengala lanzada en la noche, en el enésimo intento de localización; con la carta, es posible, podrían ver la luz otras que probablemente cruzaran aquellas dos *rarae aves* de la literatura española *fin de siècle*. De ninguna de ellas parece haberse tenido constancia en el amplio arco de estudios sawianos, desde los primeros asedios de Zamora Vicente, el fundamental *Alejandro Sawa. Mito y realidad* de Allen W. Phillips o los últimos trabajos de Amelina Correa, coronados estos con su reciente *Alejandro Sawa. Luces de bohemia*. Por encima de arqueologías filológicas, persigo, al desempolvar la referida carta de la hemeroteca, dos objetivos de obligada indivisibilidad: el primero, arrojar más luz sobre los últimos y fatales días de la vida de Alejandro Sawa; el segundo, hallar claves sobre las que reconstruir el signo de una relación intelectual entre los dos autores.

Esta es una superficie ya por otros hollada, por lo que debo hacer sobre este punto algunas consideraciones. En el marco de una investigación sobre Miguel Sawa, uno de los hermanos del irrepentible Alejandro, llegué por azar a la página en la que el diario tinerfeño reproducía la interesante misiva. Como no podía ser de otro modo, rastree archivos y fondos distintos para intentar localizar la carta original, la de su posible respuesta o, si fuera el caso, alguna otra entre los mismos autores. Entre tanto, la noticia de que un anticuario de Tenerife había adquirido recientemente documentos personales del poeta Verdugo llega a mis oídos a través de un contacto en la isla, pero con un muy frágil aval: es dato escuchado por casualidad en una librería, cazado al vuelo durante una conversación ajena. Mientras sigo la pista del presunto comprador a través de distintos medios, fijo la mirada en el archivo familiar de Alejandro Sawa, desde 2013 propiedad de la Fundación Residencia de Estudiantes. Si bien se trataba de un fondo que, en todo caso, albergaría cartas de un Verdugo remitente y no destinatario, no había que descartar una posible copia de la misiva dictada por Sawa (no era uso y costumbre del escritor), o cualquier detalle que supusiera algún tipo de conexión. Como quiera que el más de medio millar de documentos de los que consta el fondo no revelaba vinculación alguna con Manuel Verdugo, opté por confirmar tal ausencia a través de uno de los mayores conocedores del archivo: el profesor e investigador canario Juan Manuel González Martel. Fue él quien desde 1999 hasta 2001 catalogó, junto

³ Reproduzco íntegramente el contenido de la carta al final de estas páginas. Todas las citas pertenecientes a este documento serán señaladas sin indicación parentética.

a doña Carmen Calleja Roveta (viuda de Fernando López Sawa, nieto de Alejandro Sawa) toda la documentación por aquella custodiada, antes de que recayera en la Residencia de Estudiantes. El resultado de tal inventario se tradujo en *Alejandro Sawa. Un legado para el patrimonio de la bohemia literaria española. Los Sawa-Martínez y Poirier-Mercier (1862-1960)*, documento no publicado pero sí registrado como propiedad intelectual.⁴ El mismo González Martel me confirma, con inmediata y absoluta rotundidad, la inexistencia en el archivo de documento, dato o referencia algunos que vinculen a Alejandro Sawa con Manuel Verdugo Bartlett. La seguridad y velocidad de su contestación provenían del hecho de que el especialista sabía muy bien de aquella carta publicada en la prensa insular en el año 9 y, como no podía ser de otra manera, la misiva estuvo siempre en la órbita de su interés. A tal respecto, en el ingente correo con él intercambiado, afirmaba González Martel con cierto tono de sorpresa: “Conocía —y veo que no soy el único...— esa carta de 1908 —fechada en año tan duro— de Alex al particularísimo Manuel reproducida en nuestra prensa local, y que nadie conocía. Ni Doreste, en charla en los años setenta, ni Zamora Vicente ni López Sawa tenían noticia alguna de la epístola, interesante desde muchos puntos de vista. Mi conocimiento de la carta reproducida fue casual”.⁵

Otro de los focos de localización había de venir de la otra parte: los herederos de Manuel Verdugo Bartlett. Solícitos a mis demandas, pronto me confirmaron que no conservan correspondencia epistolar del poeta, y que una importante suma de papeles personales quedó en su día en manos ajenas, sin que pudiera ofrecérseme más información al respecto. No obstante, fueron revisados por ellos los pocos documentos que sí permanecen en lo que constituyera en su día el archivo familiar, sin suerte: no hay rastro alguno de ningún Sawa.⁶ Los ya referidos ecos de una reciente adquisición de documentos de Verdugo por parte de un coleccionista anónimo, son confirmados por la propia familia, por lo que reactivan una línea de búsqueda más centrada entre profesionales del gremio. Finalmente, al cabo de un sinnúmero de gestiones, doy con el fondo ansiado: dos álbumes, alrededor de trescientas cincuenta postales, muchas de ellas de o para Manuel Verdugo; otras, de distintos miembros de su familia. Ninguna carta, y en las postales, tampoco referencia alguna a Alejandro Sawa.⁷

⁴ Depósito Legal: M100668-2001. Información extractada de este inventario puede leerse en “El hilo último de la memoria de los Sawa-Poirier: Carmen Calleja”. *Magazine Modernista. Revista Digital del Modernismo* 16 (2011).

⁵ Agradezco a Juan Manuel González Martel toda su generosa disposición y su desinteresada transmisión de conocimientos, así como su permiso para reproducir estas palabras suyas de mi archivo personal. Obsérvese cómo el estudioso señala con ellas tres nombres interesantes en alguno de los polos Sawa-Verdugo: su paisano Luis Doreste Silva, amigo de Rubén Darío desde que, en 1903 y en el mítico Calisaya, le fuera presentado por Gómez Carrillo; su maestro Alonso Zamora Vicente, reactivador de Sawa y su bohemia a partir de sus fundamentales estudios y ediciones de *Luces de bohemia*; y el citado Fernando López Sawa, conservador hasta su muerte de la memoria, oral y gráfica, de su abuelo Alejandro. En las nutridas conversaciones que, sobre Sawa mantuvo con ellos González Martel, nunca salió a colación poeta canario alguno.

⁶ Quiero extender mis agradecimientos a Juan Luis Maury-Verdugo, sobrino bisnieto de Manuel Verdugo, por su atención y generosidad en la comprobación de mis pesquisas, y por la información brindada.

⁷ Estos valiosos documentos de Manuel Verdugo Bartlett son hoy propiedad del anticuario y coleccionista tinerfeño Juan Marichal, a quien agradezco su generosidad a la hora de permitirme la consulta. Hago lo propio con su colega Sophie Baillon, por su impagable gestión al ponerme sobre la pista definitiva de aquel.

2. Manuel Verdugo Bartlett

Para situar al remitente Alejandro Sawa frente al destinatario de su carta, he de esbozar aquí la figura y la obra de Manuel Verdugo Bartlett (1877-1951), poco conocidas fuera de su ámbito local. Nacido en Manila como consecuencia del destino militar de su padre, alto oficial del ejército, era asimismo nieto del cónsul del Reino Unido en las Islas Canarias. Hombre atildado, culto y de complicada personalidad, en 1903 puso fin a una carrera militar que había iniciado nueve años antes. Emprende entonces una larga etapa de viajes: Portugal, Francia, Italia (en Nápoles vivió durante un año), Suiza, Bélgica... Pero también Barcelona y Madrid. Precisamente en la capital española entabla relaciones con nombres fundamentales del Modernismo, como concretaré más adelante. No será hasta 1908 cuando fije definitivamente su residencia en la tinerfeña ciudad de La Laguna, ya hasta su fallecimiento.

Insigne representante de la poesía parnasiana española⁸, el reconocimiento más temprano de su obra lírica pasa probablemente por dos hechos clave: de un lado, la inclusión de tres poemas suyos en *La corte de los poetas* (1906), la conocida y discutida antología poética de Emilio Carrere; de otro, su presencia en la fundamental *Historia de la poesía canaria* de Ángel Valbuena Prat. El catedrático observó en su estudio el componente cosmopolita de quien intuía como “un poderoso arquitecto de versos y de ideas” (108). Cuatro libros de poesía constituyen la obra lírica de Verdugo Bartlett: *Hojas* (Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, 1905), *Estelas* (Madrid, Renacimiento, 1922), *Burbujas* (La Laguna, Imprenta Wangüemert, 1931) y *Huellas en el páramo* (La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 1945)⁹.

La conexión entre Manuel Verdugo y Alejandro Sawa debió venir de la mano de alguno de los amigos comunes, todos en la estela de la nueva estética modernista: los hermanos Machado, Valle-Inclán, Jacinto Benavente, Francisco Villaespesa, Rubén Darío... En mayor medida, de la de este último, probablemente. Luis Álvarez Cruz, en *Las tabernas literarias de las islas*, escribió al respecto:

⁸ “Verdugo puede ser considerado como un tardío epígono parnasiano; pero nótese que hay en sus temas clásicos, especialmente romanos más que griegos —los preferidos de Leconte de Lisle—, no aquella serenidad despersonalizada de los parnasianos, sino una evocación sentimental, melancólica, muy modernista y finisecular, con sus gotas de becquerianismo diluido” (Alonso 1955: 69).

⁹ Completan su obra literaria los *Fragmentos del diario de un viaje* (Hespérides, Santa Cruz de Tenerife, 1928) y las piezas teatrales *Lo que estaba escrito* (estrenada en el Teatro Leal de La Laguna en 1919) y *Jugando, diálogo-relámpago* (“escena única” reproducida en la revista *Castalia* el 14 de febrero de 1917, recogida más adelante en libro; un mes antes, la misma publicación adelantaba la escena IV del “drama inédito” *Las fronteras del mal*). Alrededor de 1940, varios textos del escritor integraron el volumen misceláneo *Páginas de Manuel Verdugo* (Librería Hespérides, Santa Cruz de Tenerife), con sendas introducciones de Mariano Daranas y Víctor M. Sola. Verdugo escribió además el capítulo IX de la novela a escote *Máxima culpa*, publicada en el periódico *La Prensa* en 1915 y recogida posteriormente en libro. Por último, debe anotarse su breve autobiografía, producto de una iniciativa del periódico *El Progreso* que, bajo el título de “Viejos y jóvenes”, dio a la luz las de destacadas figuras canarias (Benito Pérez Armas, José Franchy Roca o Francisco González Díaz, entre otras muchas). El texto autobiográfico de Verdugo fue publicado en dos entregas (21 y 22 de septiembre de 1909), para ser luego recuperado por José González Rodríguez en el volumen *Pro cultura. Biografías de personalidades canarias que más han contribuido al progreso intelectual, material y artístico de Canarias* (Laguna de Tenerife, Imp. de Suc. de M. Curbelo, 1923); en los años treinta, estas mismas páginas aparecieron en *Autobiografías* (Santa Cruz de Tenerife, Librería Hespérides).

Recordaba [Verdugo] las borracheras con Darío en Madrid, y la vez que llamó cursi a Vargas Vila —que era una de las debilidades del genial nicaragüense—, y cuando estuvo de juerga con don Ramón del Valle-Inclán, y el día en que alcanzó a ver, embriagado, en la puerta del Sol, a don Marcelino Menéndez Pelayo, y la noche que Rubén le dijo: “Manolo: ¿por qué no nos tuteamos?” y él le respondió: “No veo la necesidad”. Le deleitaban las ironías de don Jacinto Benavente [...]. Santos Chocano le había ofrendado un soneto. Antonio Machado una “foto” llamándole maestro [...]. Y se reía con las cosas de Villaespesa —cuya vida y milagros se sabía al dedillo—... (1961: 94 y 95)

Con Darío vivió Verdugo, en efecto, esos días báquicos que solo París y su bohemia podían brindar a ciertas sensibilidades. No en vano Mariano Daranas escribía: “fraternizó con el divino Rubén en París, derrochando en las noches de Montmartre el caudal de una crecida herencia y, el oro desbordante de su juventud” (5); y aludía, además, a unos versos manuscritos que del autor de *Azul...* conservaba como tesoro¹⁰. Broche de tal amistad fue sin duda el soneto “Rubén Darío”, escrito por Verdugo en marzo de 1916, pocos días después de la muerte del gran poeta, y recogido seis años más tarde en su libro *Estelas*.

3. La carta de Sawa, “Quizás la última”

El 23 de marzo de 1909 el *Diario de Tenerife. Periódico de intereses generales, noticias y anuncios* publica, en su segunda página y a dos columnas, el suelto titulado “Una carta de Alejandro Sawa”. Tras ponerse al lector en antecedentes (“Alejandro Sawa, el ilustre escritor de cuyo fallecimiento tanto se ha ocupado la prensa de Madrid¹¹, porque constituye una gran pérdida para la literatura”), se

¹⁰ Alonso Quesada, en un homenaje al recién fallecido Darío (en *Ecos*, 12-II-1916), dio a conocer los referidos versos: “Cuando la vio pasar el pobre mozo / y oyó que le dijeron: - “Es tu amada”, / lanzó una carcajada, / alzó la capa y se bajó el embozo. / -¡Que improvise el poeta!- / Y habló luego / del amor, del placer, de su destino; / y al aplaudirle la embriagada tropa / se le rodó una lágrima de fuego / que fue a caer al vaso cristalino... / Después... Alzó la copa / y se bebió la lágrima y el vino...”. Sobre su origen apostillaba a continuación Quesada: “Estos versos de Rubén, que no han sido recogidos en ningún tomo del gran poeta, fueron improvisados una noche de orgía, en París. El original, escrito en papel ordinario y con lápiz, está en poder del ilustre poeta tinerfeño Manuel Verdugo, amigo de Darío, y uno de sus acompañantes aquella noche.”. Además, la página de *Ecos* publicaba una curiosa semblanza de Verdugo, improvisada por Darío en una de sus tarjetas de visita: “He conocido un abismo / que tiene cara de flor. / Era un “gamin”, un Señor, / y el Verdugo de sí mismo.” Todos estos datos han sido tomados del artículo de Antonio Henríquez Jiménez, “«Celui qui ne comprend pas» y una edición crítica de *La caravana pasa* de Rubén Darío” (361-62).

¹¹ Muy escasa, sin embargo, resultó la repercusión de la desaparición de Alejandro Sawa en los periódicos canarios, hasta donde he podido comprobar. En Tenerife se hizo eco el diario republicano *El Progreso* (03-III-1909), de forma escueta, en su sección de telegramas: “Muerte de un escritor. Ha fallecido el distinguido escritor D. Alejandro Sawa. Su muerte ha sido sentidísima. Preparase una gran manifestación de duelo.” Por lo demás, con la excepción de alguna alusión de soslayo (como la que hará Luis Rodríguez Figueroa en una página de la que más adelante daré noticia) o de “Los grandes bohemios: Alejandro Sawa” (*Diario de Tenerife*, 6-IV-1909), firmado por “Darwin” (Arturo Vinardell Roig), hay que esperar al año siguiente para dar con su nombre en la prensa insular. El año de la publicación de *Iluminaciones en la sombra*, 1910, recuperará fugazmente su memoria, y pretextará la reproducción de artículos aparecidos en rotativos peninsulares, como “Sawa, juzgado por Rubén Darío”, de Julio Camba (29-VII-1910).

informa del origen del documento allí ofrecido: fue enviado a Manuel Verdugo, “pocos días antes de morir” el malogrado escritor sevillano. Además, el redactor apostilla: “quizás la última [carta] que escribió aquel brillante y originalísimo ingenio”. El periódico no trasladó a su página la fecha que a buen seguro figuraba en la carta, aunque tal vez no en la posible copia que entregara Verdugo.

Así las cosas, se hace muy difícil dar por ciertas algunas de las afirmaciones anteriores, a la hora de datar la misiva. La enviada a Jacinto Benavente con fecha de 18 de febrero de ese mismo año es aceptada como la última que dictó y envió Sawa, según reza la anotación de la copia conservada en el archivo familiar; algo que se presume incontestable, pues en la madrugada de ese mismo día el escritor “pierde definitivamente la razón” (Correa 2008: 256)¹². En todo caso, para considerar que la de Sawa a Verdugo fuera al menos una de las últimas dictadas por el sevillano, habría de señalarse como escenario cronológico más verosímil el mes de enero o, como máximo, la primera mitad de febrero de 1909. Retroceder aún más en el calendario haría inexacta la referida indicación de “pocos días”, para habilitar la de “pocos meses”. Sin embargo, por los datos que se desprenden de su propio contenido y con el análisis de la correspondencia que, relativa al último año de vida de Sawa, se conserva, todo apunta a que debió ser redactada en 1908 y no en 1909. La clave principal se encuentra en la inminente publicación de *Iluminaciones en la sombra* de la que habla en la carta su autor. Phillips había concluido que “en 1908 estaba ya terminado y ordenado el libro” (109), algo que pudo inferir sin dificultad con el contraste de otras cartas. Así, en una de las enviadas a Rubén Darío, de finales de mayo o principios de junio, Sawa ya asumía la autoedición de la obra, tras sospechar en sus gestiones editoriales un “resultado, si no negativo, dudoso a lo sumo” (Álvarez Hernández 1963: 67). En otra de 30 de junio, apremiaba al nicaragüense para que lo ayudara en la financiación de la edición con 400 pesetas, e indicaba que el libro estaba ya “en disposición de mandarlo inmediatamente a la imprenta” (Álvarez Hernández 1963: 68). Son estos, sin duda, días muy tensos para Sawa, pero igualmente ilusionantes por creerse este a un paso de la materialización de su proyecto más deseado como escritor: sus definitivas *Iluminaciones*. Esa misma sensibilidad parece también respirarse en la carta a Verdugo, hasta el punto de que en ella proyecta la publicación para “dentro de breves días”. No debería de alargarse más allá de mediados de julio la horquilla de datación más probable de nuestro documento, pues lleva fecha de 14 de ese mes la famosa, polémica y durísima carta a Rubén (“¿me impulsas a la violencia?”), aquella en la que, defraudado por no recibir de su amigo el importe solicitado, reclama el pago de distintas colaboraciones en prensa escritas para Darío. A partir de ahí, desesperado y colérico, Sawa se adentró en otro horizonte de expectativas respecto a su libro muy diferentes a las que pudo constatar Manuel Verdugo.

A la luz de este primer escenario de datación, las afirmaciones de dudosa autenticidad sostenidas por el *Diario de Tenerife* responderían a una estrategia más o menos sensacionalista de cara a sus lectores: mayor interés despertaría una carta que se anunciaba como tal vez la última, enviada por su autor a pocos días de

¹² Esta aseveración se fundamenta a partir del testimonio de Prudencio Iglesias Hermida, coetáneo de Sawa: “El día 18 de febrero del año actual [1909], Alejandro Sawa amaneció completamente loco. El día anterior el enfermo presintió la catástrofe” (1909, 91).

fallecer. Esto, a su vez, explicaría la posible omisión deliberada de la fecha que figuraría en la original, y quizá también en la hipotética copia facilitada por Verdugo.

Con todo, hay otra lectura posible, aunque en realidad poco probable: justamente la inversa, la que suscribiría lo sostenido por el diario tinerfeño, *id est*, la que aceptaría como cierta una redacción de la carta muy próxima a la muerte de Sawa (si no “pocos días”, quizá sí algunas semanas). Para reconstruir este otro intervalo de datación es esencial partir del año en que el escritor pierde la visión: 1906¹³. Cuando informa de ello a Verdugo, indica que su ceguera “va ya para tres años”. Sin embargo, en su intercambio epistolar con Rubén Darío, Sawa refiere a este que “enfermo y ciego, *va ya para dos años* que vivo enclaustrado [...]” o “además de ciego estoy, *va ya para dos años*, tan enfermo [...]” (Alvarez Hernández 1963: 65)¹⁴. Son palabras fechadas en mayo y junio de 1908, respectivamente, con once días de diferencia. La coincidencia de contenidos con la carta de Verdugo —todo lo relativo a la inminente publicación de *Iluminaciones*— lleva a datar esta última también en los meses centrales de 1908, según ya consigné con anterioridad. Pero si unas y otras son paralelas en el tiempo, ¿qué sentido tendría entonces que, con Rubén, Sawa refiriera casi dos años de ceguera, y con Verdugo casi tres? ¿No sería más lógico pensar que lo escrito al segundo fuera bastante posterior a lo escrito al primero? Solo así podría tener encaje lo afirmado en el *Diario de Tenerife*. ¿Escribiría Sawa la carta en enero o en los primeros días de febrero de 1909? Esa renacida y quimérica convicción de una inminente publicación de *Iluminaciones en la sombra*, ¿no serían entonces sino evidentes síntomas de una locura cercana a su máxima expresión? Es, al menos, otra posibilidad¹⁵.

4. “Desde mi erial madrileño”

Ciego y enfermo, casi prisionero en aquel ya mítico número 3 de la calle Conde Duque, Sawa dicta la carta a su compañera Jeanne Poirier, o tal vez a su joven y ocasional secretario José María Gascón. Con la información que a buen seguro le proporcionara su hermano Miguel, el autor de *Crimen legal* sabe imaginar a Verdugo “en la paz de su vida actual”. El isleño, tras sus intensos años de viaje, había fijado su residencia en La Laguna, la “ciudad tranquila de los conventos y de las huertas”, de la que amaba ante todo “su paz severa, claustral”¹⁶. El propio

¹³ Si bien Iris M. Zavala (1977: 41) apunta “1905 o 1906”, la mayoría de los especialistas —desde Phillips hasta Correa— señalan 1906 como el año en que Sawa perdió la vista.

¹⁴ Las cursivas son mías.

¹⁵ Y una tercera, equidistante entre las dos hasta aquí proyectadas: la carta a Verdugo pudo ser escrita algún tiempo después de las enviadas en mayo y junio a Rubén Darío, y antes de 1909; finales del verano, otoño o incluso invierno de 1908. Por medio, quizá, alguna renovada esperanza editorial para sus *Iluminaciones* (de la que no hay constancia alguna), cuando no el comienzo de una mentira que empezaría a creerse el propio Sawa. En este caso, la expresión empleada con Verdugo, “va ya para tres años”, cobra sentido por haberse sobrepasado ya los dos primeros años desde la ceguera del bohemio; rebasados estos, su sensación al escribir podría ser la de *caminar* hacia el tercero.

¹⁶ Aludo a los sonetos “San Cristóbal de La Laguna” y “Ciudad de La Laguna”, respectivamente, incluidos en el libro *Huellas en el páramo* (91 y 92). El citado Mariano Daranas ha escrito párrafos definitivos sobre esa

Alejandro es quien señala a su hermano como único puente con don Manuel, una vez instalado este definitivamente en su isla: “yo tenía conocimiento de que V. no se había muerto por las noticias que, de cuando en cuando, me daba mi hermano Miguel, referentes a V.” En este sentido conviene tener en cuenta la relación que Miguel Sawa mantuvo con no pocos escritores y periodistas canarios, a juzgar por los distintos textos y trabajos suyos aparecidos en la prensa insular¹⁷. En lo tocante a Verdugo, no es descartable la intervención de aquel para hacer realidad la publicación de su primer poemario, con independencia de que su coste fue sufragado por el propio autor: *Hojas* vio la luz en la madrileña imprenta de Antonio Marzo, como sucediera con *Amor* (1897) y *Ave, femina* (1904), los dos primeros libros de Miguel Sawa.

Con estos frágiles ecos que desde la isla del Teide le llegan, Alejandro Sawa dirige su carta a Manuel Verdugo movido por la esperanza de un reencuentro que, si imposible por la distancia, pudiera quizá fraguarse epistolarmente. Tras echar de menos una comunicación entre ellos “más franca y más directa”, alude con nostalgia a una noche —probablemente madrileña e invernal— en la que ambos compartieron la palabra y, a juzgar por las crípticas líneas de la misiva, alguna revelación de carácter íntimo, como trataré de exponer más adelante. Un encuentro que hubo de producirse no antes de 1903, fecha ya señalada en la que Verdugo comienza su intensa etapa viajera, con Madrid entre sus destinos; y no más allá de 1906, pues en la carta informa Sawa de su sobrevenida ceguera, producida en tal año. Posiblemente 1905, fecha en la que se publica en la capital española el primer libro del poeta, *Hojas*.

Alejandro Sawa confiesa no haber olvidado jamás aquella noche, pero duda de que ese sea el caso de su *querido poeta*¹⁸: “ni aún se acordará V. de ello, quizá”,

comunión del poeta con la vieja ciudad de los Adelantados: “Enclaustrado en La Laguna, ciudad melancólica, en la que los siglos dejaron pétreas huellas de su elocuencia muda, nuestro amigo contempla ensimismado, la procesión monótona de sus días” (6).

¹⁷ Una temprana colaboración de Miguel Sawa —semblanza del bohemio Pelayo del Castillo— pudo leerse en *La Opinión. Periódico liberal-conservador*, el 15 de enero de 1893 (había aparecido en *El País*, 05-IX-1892, y sería reproducida en *Don Quijote*, 24-VIII-1894 y 25-X-1901). Fueron quizá las del *Semanario de Orotava* páginas en las que el nombre de Miguel Sawa encontró más eco entre los medios canarios. Así, en el número del 26 de junio de 1897 se publica “Tragedia”, una de las prosas que integran su primer volumen, *Amor*, publicado en ese mismo año (también en *Don Quijote*, 22-VII-1898 y 21-II-1902). Precede a esta colaboración una elogiosa semblanza (“Miguel Sawa”), firmada por G.C., con una imagen del escritor de solemne perfil. Apenas un mes después (24-VII-1897) el mismo medio reproducirá “Separación”, otra página de su *opera prima*. El *Diario de Las Palmas* publica “Krüger” (18-VI-1901), su personal homenaje al líder de los bóers (en *Don Quijote*, 28-III-1902). El cuento “Idilio triste”, de su futuro volumen *Ave, femina*, será anticipado por *La Opinión. Diario de la mañana* (25-V-1903). En el *Cronista de Tenerife* (23-III-1904) aparecerá “Recuerdos del tiempo viejo. Narciso Serra”, y en la revista *El Museo Canario* (01-V-1905), una reseña de *Ave, femina*. Si el *Diario de Las Palmas* (15-III-1905) ofrece a sus lectores “Otelo” (en *Nuevo Mundo*, 02-VII-1908, con el título “El derecho a la vida”), periódicos como *La Opinión* (03-X-1910) o *El Progreso* (11-X-1910) se ocuparán del obituario del escritor. En 1911, un año después de su muerte, Miguel Sawa será recordado como uno de los “muertos ilustres” de 1910, sumándose su nombre a los del “mundo literario y periodístico” (*La Opinión*, 17-I-1911, a partir de una información de *El Correo*). Finalmente, en febrero de 1911, uno de los títulos del escritor, *Fernando el calavera*, figurará como uno de los “libros de venta”, según se publicita en varios números de *El Progreso*.

¹⁸ Así el encabezamiento de la carta —“Mi querido poeta”—, precedido de un formal “Sr. D. Manuel Verdugo”. De la estimación como poeta que Sawa tuviera respecto a Verdugo no he logrado hallar palabra alguna. En el periódico tinerfeño *El Progreso*, el citado Luis Rodríguez Figueroa, *Guillón Barrís*, apuntaba que Alejandro Sawa consideraba al isleño “un poeta de altos vuelos” (1909: 1). El comentario apareció apenas tres meses

escribe con cierto tono de intimidación intelectual ante Verdugo, permanente en toda la carta. Debe entreverse en la memoria del bohemio el recuerdo de una figura aparentemente inaccesible, altiva y distante, tan exquisita como fría; además, y porque fue temprana usanza de un exquisito Verdugo, hay que pensar hasta en esa extraña displicencia que pone siempre en el hombre su monóculo. En tres calificativos consecutivos resumió Sawa aquella singular tipología: “el invulnerable, el indiferente, el impasible”. Así lo llama abiertamente, a través de adjetivos que parecen corresponderse con esa imagen hierática del manileño que todos los testimonios constatan, la del dandi siempre cáustico y mordaz, asido a su arrogante suficiencia. En consonancia con este perfil, Daranas observaba “la silueta altiva y enigmática de este bohemio, que es, por ascendencia y personalidad, un gran señor”, o “la frialdad de su expresión que acentúan los detalles del *monocle*” (8). Lleva también este apunte biográfico una nota de pesimismo en Verdugo, la que acaso se desprende de quien “habitualmente pone en sus palabras acentos de irónico desengaño” (9)¹⁹. El raro Sawa ante el raro Verdugo; dos inadaptados frente a frente, aunque de muy distinta raigambre: con la de un temperamento imprevisible y errático, culmen del aspaviento y cada vez más próximo a la locura final, contrasta la inadaptación de Verdugo, la cual, al decir de Daranas, “no es externa ni se debilita en gestos y desplantes”, pero “se enrosca a la originalidad casi agresiva de su temperamento”. No resulta aventurado imaginarlos aquella noche combatiendo, con el favor del alcohol, la “temperatura glacial de algunos grados bajo cero”. Tal vez por ello, o porque la magia del momento así lo dispusiera, Alejandro Sawa pudo encontrarse ante un inusual Manuel Verdugo, al fin —aunque solo por un momento— “un hombre de calor y de entusiasmo” que jamás volvería a hallar. ¿Qué hubo de trasladarle el poeta parnasiano para que Sawa volviera sobre “aquella noche en que V. me mostró una gran extensión de su espíritu”? ¿De qué secreta confesión fue depositario el sevillano cuando señalaba que “aquel día V. me enseñó su alma”? Todo serían especulaciones, y a la cabeza de ellas se situaría al menos una inevitable: la que atañe a la condición sexual de Verdugo. ¿Habría de ello con quien, al fin y al cabo, fuera también un hombre de mente abierta, libre de prejuicios, capaz de haber tenido a gala su amistad con Paul Verlaine? Quizá conocía ya Sawa las tempranas *Hojas* de Verdugo, donde piezas como “Champagne” o “Secreta” anticipaban una poesía que ha sido señalada por Lázaro Santana como “uranista” (1989: 16), y que, en libros como *Estelas*, harán inevitable la conexión con poetas como Cavafis o Cernuda.

después de la publicación de la carta de Sawa a Verdugo, por lo que es posible que el hecho en sí supusiera para el crítico suficiente prueba de admiración literaria, y que en aquellos términos la refiriera.

¹⁹ Acaso el mejor retrato de la singularísima personalidad de Verdugo, esa que Sawa describe como “invulnerable”, “indiferente” e “impasible” (y que tal vez justifique su tono de cierta cohibición a lo largo de la carta) haya sido realizado por Luis Álvarez Cruz en sus ya referidas páginas de *Las tabernas literarias de la isla*, libro de recuerdos en el que la presencia del poeta es continua. La última de sus alusiones sintetiza lúcidamente aquel espíritu heterodoxo: “discutible, pero con personalidad suficiente para manifestarse tal como era en el fondo insobornable de su juicio del mundo” (1961: 137). Sin embargo, tal vez sean lo ocho versos de “Un poeta (esquema de retrato)”, de su libro *Senderos*, los que más apropiadamente nos invitan a entender al hombre que conoció Sawa: “Una impasible lente de monóculo / y una brusca sonrisa... / A ratos, del bolsillo hasta el semblante, / el monóculo oscila. / Y mientras un veneno luminoso / y sonriente, en la copa se eterniza, / hace su aparición, de cuando en cuando, / el áspid punzador de una ironía” (1927: 73). En este mismo volumen Luis Álvarez Cruz dedica a Verdugo su poema “Ante el arcano”.

En cualquier caso, en su carta Sawa anima a su interlocutor a que le escriba y le ofrezca “una segunda edición de aquellos *paisajes psicológicos*”, en esa voluntad franca de recuperar al excepcional Verdugo que desnudó su alma aquella noche. En adelante, volvería el novelista a toparse alguna vez con el poeta, pero sería ya de modo muy distinto: “luego no he vuelto a verle a V. sino bajo su forma material y corpórea”.

No tardan en llegar las líneas que, proviniendo de un temperamento como el de quien nos ocupa, instalan sin reparo ese *yo* permanente, con ribetes trágicos y no exentos de afectación. La vida misma constituye para Sawa una enfermedad —es la del “amargo escritor, perseguido por todos los dolores” que refirió Ghirardo (1945: 9)—, con la particularidad de que en su caso ofrece “caracteres más agudos que en los demás hombres”. A su ceguera la reconoce como “un nuevo estigma mortal”, antes de exhibir uno de esos párrafos que, por tono y contenido, bien pudieran haber formado parte de *Iluminaciones en la sombra*; palabras que revelan esa condición sawiana de vivir siempre *en libro*, de sentirse un personaje literario antes que un ser humano:

Y así, como un personaje de Sófocles, herido por el desamor de los hombres o roído por la morfina —divino tóxico vital, para el que todos los sagrados venenos, el alcohol mismo, no son sino lo que una querida negra y soez, junto a una parisiense, guardadora del misterio de Afrodita— mi vida es atroz, como una noche sin amor, sin crepúsculos y sin estrellas.

Debió ser una y otra vez repetida, por el propio Sawa, su identificación con insignes ciegos de la historia. Valle-Inclán puso en boca de Max Estrella aquello de “[ciego] como Homero y como Belisario” (1991: 128), a partir de un verso de Victor Hugo (“Aveugle comme Homère et comme Bélisaire”) acaso escuchado a Sawa en no pocas ocasiones; Darío, en su prólogo a *Iluminaciones en la sombra*, anotó que aquel “se creía Milton” (Sawa 1910: 14), además de Homero (“el divino Melesigenes”). En este caso, la analogía con personajes ciegos usados por Sófocles —Edipo, Tiresias— ya había sido ensayada con otras palabras, pero con el mismo acento de tragedia griega. Así, en otra de las conocidas cartas a Rubén Darío, Sawa afirmaba que su vida “no sería inferior, como tema si a de un Sófocles que la narrara en forma teatral, porque yo soy un Edipo abandonado en la mitad de un camino cualquiera que no conduce a ninguna parte” (Álvarez Hernández 1963: 64). Si el propio Dictinio Álvarez señalaba, sin más, 1908 como la fecha probable de estas palabras, Amelina Correa (2008: 254) apunta incluso al mes de mayo de ese año; en cualquier caso, la similitud entre este párrafo de la carta a Darío con el de la enviada a Verdugo conduce a situarlas nuevamente muy próximas en el tiempo²⁰.

²⁰ El propio Verdugo elige a dos ínclitos ciegos de la historia literaria —Homero y Milton— para escribir el conocido soneto “Sacras cegueras”, incluido en *Estelas*, su ya citado poemario de 1922. El contenido de sus versos, los cuales transcribo a continuación, pareciera haber bebido, de algún modo, de la experiencia personal de su amigo Alejandro Sawa: “Persiguiendo fantástico espejismo, / por el llano atajé de la existencia, / apagando el fulgor de la conciencia /para no ver la sombra de mí mismo. / Busco cimas de luz en negro abismo; / alza frágiles torres mi demencia, / y por cada ilusión, en la experiencia / tiene el mundo moral un

“Yo no le hablaré [...] de mí, para no contagiarle de mi tristeza”, continúa escribiendo Sawa a Manuel Verdugo. Casi una preterición por su parte, pues añade en seguida que “tan lejos vivo de los hombres que casi los ignoro”. Consciente acaso, a estas alturas de la misiva, de su excesivo desahogo personal, emplaza a su interlocutor a cruzarse cartas en las que compartir experiencias pasadas, ocasión pintiparada para hablar nuevamente de sí mismo: “y entonces sí que será curioso oírme, porque yo seré como un muerto que habla”.

Por fin le traslada a Verdugo, ilusionado, la inminente publicación de *Iluminaciones en la sombra*, pretexto principal de sus líneas. El párrafo que dedica a este fin es interesante por lo que conlleva de juicio crítico sobre su propio “diario de esperanzas y tribulaciones”, como lo etiquetaría poco después Valle-Inclán, en carta a Darío (Álvarez Hernández 1963: 70). Además de referirse a él como “un libro muy grande” (habla de casi cuatrocientas páginas, cuando la edición póstuma contenía doscientas cincuenta y cinco, incluidos el prólogo de Rubén y el poema de Manuel Machado), señala su carácter “muy íntimo” (“de crítica y de intimidades” lo había calificado en otra carta al nicaragüense). Sawa lo juzga también “franco, rotundo, delicado y terrible”, razones que lo llevan a depositar grandes esperanzas en la fortuna de este su último legado literario. Establece entonces una analogía con las también póstumas *Confesiones* de Rousseau, oponiendo al mayor cinismo del francés la veracidad de sus particulares iluminaciones. Tal diferenciación quiere Sawa subrayarla con una afirmación ingeniosa: “entre la desvergüenza y la sinceridad, hay la misma diferencia que separa al hipo del suspiro”.

Tras este aforismo se despidió el sevillano de su amigo Verdugo, al menos “por el momento”. Recuperando su sempiterno tono trágico, parece llevar un aire becqueriano ese “erial madrileño” desde el que dicta su carta. Sus últimas palabras, que son de sentido afecto hacia su amigo isleño, tienen algo hermoso y pueril a un tiempo, si es que acaso otra cosa distinta constituye lo sawiano: “yo alargó mentalmente mis manos hacia ese milagro de la Naturaleza, para estrechar la tuyas, ese milagro digo, que son las Islas Canarias”.

Así pone Sawa el punto final de su carta a Verdugo, un documento que ha pasado inadvertido en el amplio marco de estudios biográficos y literarios sobre el sevillano. Líneas que aportan más información sobre la vida del malogrado bohemio en su etapa final, explican el sentido de aquellas casi obsesivas esperanzas que depositara en su último proyecto —la publicación de *Iluminaciones en la sombra*— y revelan nuevas consideraciones críticas del propio autor sobre el que sería su libro póstumo. Pero líneas, también, que colocan al poeta Manuel Verdugo Bartlett en un puesto relevante dentro de la esfera de la amistad y la admiración intelectual por parte de Sawa. El recuerdo de lo que hubo de ser un encuentro inolvidable entre ambos autores, en aquella gélida madrugada alrededor de 1905, lo mueve al final de sus días a retomar el contacto con Verdugo, a quien anima a profundizar en su relación con una fluida y sincera correspondencia. A través de la que fue una de sus últimas cartas, sigue entreviéndose al hombre triste, enfermo y derrotado que acabó siendo Sawa en sus postrimerías; pero se advierte, igualmente, su sorprendente esfuerzo por posponer ese canto del cisne, así fuera con la ilusión de la amistad recobrada.

cataclismo. / ¿A dónde dirigir nuestra mirada?... / Es preferible para el alma herida, a contemplar miserias no ver nada. / Acaso lo ideal es verdadero / si se mira la sombra de la vida / con los ojos de Milton o de Homero”.

5. Transcripción de la carta reproducida en la prensa

Sr. D. Manuel Verdugo.

Mi querido poeta: Yo tenía conocimiento de que V. no se había muerto por las noticias que, de cuando en cuando me daba mi hermano Miguel, referentes a V.; pero siempre echaba de menos una comunicación entre nosotros más franca y más directa, que fuera como una prolongación de aquella noche, solitaria en mis recuerdos, de aquella noche en que V. me mostró una gran extensión de su espíritu. Ni aún se acordará V. de ello, quizá. Yo sí, porque V., el invulnerable, el indiferente, el impasible, se me apareció en la temperatura glacial de algunos grados bajo cero que sufríamos, como un hombre de calor y de entusiasmo. Fue que, aquel día, V. me enseñó su alma, y que luego no he vuelto a verle a V. sino bajo su forma material y corpórea.

En la paz de su vida actual, V. podrá tal vez ofrecerme epistolariamente una segunda edición de aquellos *paisajes psicológicos*...

La enfermedad de la vida, que en mí siempre ha ofrecido caracteres más agudos que en los demás hombres, se ha agravado, va ya para tres años, con un nuevo estigma mortal, del que seguramente tendrá V. noticia por Miguel: me he quedado ciego. Y así, como un personaje de Sófocles, herido por el desamor de los hombres o roído por la morfina — divino tóxico vital, para el que todos los sagrados venenos, el alcohol mismo, no son sino lo que una querida negra y soez, junto a una parisiense, guardadora del misterio de Afrodita— mi vida es atroz, como una noche sin amor, sin crepúsculos y sin estrellas.

Yo no le hablaré, pues de mí, para no contagiarle de mi tristeza: ni de los otros, porque tan lejos vivo de los hombres que casi los ignoro. Pero, si V. me lo consiente, departiremos, de vez en cuando, sobre cosas del pasado, y entonces sí que será curioso oírme, porque yo seré como un muerto que habla.

Voy a publicar, dentro de breves días, un libro muy grande —cerca de cuatrocientas páginas—y muy íntimo, que se titulará «Iluminaciones en la sombra». Fundo grandes esperanzas en él, porque lo juzgo franco, rotundo, delicado y terrible. Me muestro en él como un hombre que, analizando el sentido de su vida, llegará a hacerla transparente. Es una confesión; digo: Rousseau habrá sido más cínico; pero no más veraz que yo, porque entre la desvergüenza y la sinceridad, hay la misma diferencia que separa al hipo del suspiro.

Y nada más por el momento. Desde mi erial madrileño, yo alargo mentalmente mis manos hacia ese milagro de la Naturaleza, para estrechar las tuyas, ese milagro, digo, que son las Islas Canarias, y le reitero la expresión de mi gran cariño.

Alejandro Sawa.

6. Obras citadas

Alonso, María Rosa (1955): *Manuel Verdugo y su obra poética*. La Laguna de Tenerife: Instituto de Estudios Canarios.

Álvarez Cruz, Luis (1927): *Senderos. Poemas de transición*. La Laguna de Tenerife: Imp. de Suc. de M. Curbelo.

Álvarez Cruz, Luis (1961): *Las tabernas literarias de las islas*. La Laguna de Tenerife: Instituto de Estudios Canarios.

- Álvarez Hernández, Dictinio (1963): *Cartas a Rubén Darío. Epistolario inédito del poeta con sus amigos españoles*. Madrid: Taurus.
- Calleja Roveta, Carmen y González Martel, Juan Manuel (2011). “El hilo último de la memoria de los Sawa-Poirier: Carmen Calleja”. *Magazine Modernista. Revista Digital del Modernismo* 16.
- Correa, Amelina (2008): *Alejandro Sawa. Luces de bohemia*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.
- Daranas, Mariano (s. a.): *Páginas de Manuel Verdugo. El poeta y el humorista*. Santa Cruz de Tenerife: Librería Hespérides.
- Ghiraldo, Alberto (1945). *El archivo de Rubén Darío*. Buenos Aires: Losada.
- Guillón Barrús [Luis Rodríguez Figueroa] (1909): “Manuel Verdugo”. *El Progreso. Diario Republicano Autonomista* [Santa Cruz de Tenerife] 25 mayo: 1.
- González Martel, Juan Manuel y Calleja Roveta, Carmen (2001): *Alejandro Sawa. Un legado para el patrimonio de la bohemia literaria española. Los Sawa-Martínez y Poirier-Mercier (1862-1960)*. Depósito Legal: M100668-2001.
- Henríquez Jiménez, Antonio (2002): “«Celui qui ne comprend pas» y una edición crítica de *La caravana pasa de Rubén Darío*”. *Philologica Canariensia* 8-9: 357-65.
- Iglesias Hermida, Prudencio (1909): *De mi museo*. Madrid: Imprenta Ibérica.
- Phillips, Allen W (1976): *Alejandro Sawa. Mito y realidad*. Madrid: Turner.
- Santana, Lázaro (1989): “Introducción”. Manuel Verdugo. *Estelas y otros poemas*. Ed. Lázaro Santana. Biblioteca Básica Canaria, 21. Madrid: Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias.
- Sawa, Alejandro (1910): *Iluminaciones en la sombra*. Prólogo de Rubén Darío. Madrid: Biblioteca Renacimiento.
- “Una carta de Alejandro Sawa” (1909): *Diario de Tenerife. Periódico de intereses generales, noticias y anuncios* [Santa Cruz de Tenerife] 23 marzo: 2.
- Valbuena Prat, Ángel (1937): *Historia de la poesía canaria*. Tom. I. Vol. I. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Valle-Inclán, Ramón del (1991): *Luces de bohemia*. Ed. Alonso Zamora Vicente. 25ª ed. Madrid: Espasa-Calpe.
- Verdugo, Manuel (1945): *Huellas en el páramo. Versos*. La Laguna: Instituto de Estudios Canarios.
- Zavala, Iris M (1977): “Estudio preliminar”. Alejandro Sawa. *Iluminaciones en la sombra*. Madrid: Alhambra.